

JESÚS ES LO QUE ACONTECE CUANDO UN SER HUMANO SE ABRE PLENAMENTE A LA ACCIÓN DE DIOS

Trascripción de una de las conferencias de Javier Melloni en el marco del Foro de Estella 2006. Melloni es jesuita y escritor. Vive en Manresa. Profesor de Teología. Muy vinculado a plataformas de diálogo interreligioso.

Mi intervención se va a centrar en la persona de Jesús de Nazaret, el Cristo. La experiencia cristiana está marcada por dos momentos fundantes: el bautismo de Jesús en el Jordán, lo cual supuso un punto de inflexión en su vida, dando pie a lo que nosotros conocemos como el inicio de su vida pública, y fundante es para la fe cristiana lo que fueran aquellas experiencias de resurrección, recogidas a lo largo de trece pasajes en los Evangelios. Entre estos dos momentos, el bautismo –originante para Jesús- y la Resurrección –originante para la comunidad cristiana-, está situado el epicentro del cristianismo. En este sentido, se puede decir que existen cinco Evangelios: los cuatro que narran la vida de Jesús (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) y el que narra la vida de la primera Iglesia, los *Hechos de los Apóstoles*, ya que el mismo Espíritu que fecundó a Jesús en el bautismo será el Espíritu que descenderá sobre los discípulos y prolongará el Evangelio de Jesús en el Evangelio de la Iglesia, que es lo que tratan de narrar los Hechos de los Apóstoles.

1. El bautismo en el Jordán y la abolición de las mediaciones

Pero todavía no hemos dicho qué sucedió en el Jordán. ¿Qué podemos intuir a través de las brevísimas frases con que está narrada esa experiencia fundante? Se trata de un episodio que está recogido en los cuatro evangelistas (Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,32-34), pero uno queda frustrado cuando se acerca a los textos, porque lo que allí sucedió se evoca con muy breves palabras. Hay que saber leer entre líneas, porque en ellas está la clave de lo que será luego la predicación de Jesús. En primer lugar, hay que caer en la cuenta de que se produce en un río, un lugar profano y no sagrado para los judíos, y por manos de un hombre más bien salvaje como era Juan Bautista, “que comía langostas y vestía con piel de camello”. Juan predicaba una conversión para la cual no se había de dar nada a cambio. Era una alternativa, casi una provocación, frente a lo que se hacía en el Templo de Jerusalén, donde cada año había que ofrecer costosos sacrificios propiciatorios por los propios pecados, a través de los sacerdotes, que hacían de intermediarios. Juan, en cambio,

no es un funcionario del Templo sino un profeta carismático que, a las orillas de un río, sin pedir nada a cambio, sino simplemente la limpieza de corazón, ofrecía un bautismo de conversión. A todos aquellos que se disponían a recibirlo se les daba la oportunidad de comenzar de nuevo, y de una vez para siempre, sin necesidad de repetirlo cada año, su relación con Dios. Este ofrecimiento estaba ligado a la certeza de Juan de que la plenitud de los tiempos, la era mesiánica, era inminente.

Jesús se sitúa en esa cola de gente marginal y marginada, también él con el deseo de conversión, de ese “refluir en Dios” (del hebreo *tehubá*), de una mayor cercanía al misterio de Yahvé. Es en este momento, cuando se ha vaciado totalmente de sí mismo para disponerse a recibir esa purificación en el Jordán, que escucha unas palabras -sea del modo en que fueran escuchadas, internas o externas, eso no es más que una manera simbólica de expresar lo inefable- que le dijeron: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”. De aquí brota todo, de esta experiencia fontal de filiación, de su radical despertenerse, de saberse recibido desde Otro de sí al que llamará al partir de ese momento *Abbá*, “Padre”. Despertenerencia de sí que, al mismo tiempo e inseparablemente, fundará en él la pasión por la fraternidad.

Lo que descubre Jesús en el Jordán es que para llegar a Dios y para llegar a los demás no son necesarias las mediaciones. Desde esa experiencia tan originante como inefable del Jordán, Jesús se va a oponer a la mediación del Templo cuando éste se convierta en un obstáculo para llegar a Dios y también se va a oponer a la mediación de la Ley cuando ésta se convierta en un obstáculo para llegar a los demás. Si entendemos por *mediación* “facilitación”, no hay ningún problema. Está claro que los humanos necesitamos tiempos y espacios que nos acerquen a Dios. Por eso delimitamos unos momentos determinados del día o del año -los tiempos *sagrados* de nuestro calendario-, así como también delimitamos unos espacios *sagrados* porque sabemos que no es lo mismo recogerse en un lugar de silencio que en medio de un mercado o de una estación del tren; aunque el ideal, también lo sabemos, es que en medio de una estación de tren y en un

mercado seamos capaces de encontrar a Dios. Pero no cabe duda de que nos es más fácil hacerlo en un lugar preparado para ello. Sin embargo, cuando lo sagrado se absolutiza, en lugar de ser una facilitación de la experiencia de Dios se convierte en un secuestro de esa experiencia, y entonces resulta perverso. Es justamente en contra de esa apropiación por parte del Templo que Jesús dice: “Cuando queráis orar, recogeos en vuestro interior y el Padre, que sabe lo que necesitáis, os escuchará ahí donde le habláis desde vuestro silencio” (Mt 6,6). Es decir, no hay necesidad ni del Templo ni de los mediadores del Templo. Todo ello supondrá un ataque frontal y creciente contra la institución jerárquica y sacerdotal.

Veamos ahora lo que sucede con la Ley. La *Torah* para el Judaísmo es la mediación a través de la cual Dios ha ido revelando el modo humano de alcanzar a Dios y el modo humano de humanizarnos. Los diez mandamientos son diez guías o diez contenciones del deseo a partir del reconocimiento de que sólo Dios es absoluto: no matar, no robar, no mentir, no cometer desórdenes sexuales, etc. Cada precepto pone un límite al deseo, justamente para personalizarnos y construir la comunidad humana. Pero, aquí de nuevo, si la Ley, que está hecha para armonizar y para construir comunidad, se convierte en un muro que separa a los puros de los impuros, a los incluidos de los excluidos, a los salvados de los condenados, vuelve a ser una usurpación y un secuestro de Dios. Jesús, frente a este desatino y violencia de la Ley, dirá: “Ama a tu prójimo y ese amor se convertirá en estímulo, en discernimiento, en norma, en adaptación a cada situación de aquello que hagas”.

Esta doble libertad de Jesús ante lo sagrado y los demás es percibida como una doble amenaza para la sociedad y las instituciones de Jerusalén. Así pues, el bautismo situado en el Jordán marca desde el comienzo un modo de entender la fe y las relaciones humanas que se opondrá de manera creciente ante las instancias de poder. Como dijo Jacques Gaillot, antiguo obispo de Evreux y actual obispo de Partenia, “tenemos miedo de ser libres, y cuando somos libres, damos miedo”.

2. Las bienaventuranzas: el paso de los imperativos a los indicativos del Reino

Las palabras más diáfanas y explícitas de Jesús donde se descubre el núcleo de su experiencia mística, en las que su cercanía e intimidad con el Padre se convierten al mismo tiempo en audacia y novedad en las relaciones humanas, se hallan en las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12). Pueden ser consideradas la carta magna del Cristianismo. Están simbólicamente pronunciadas en un monte que evoca el Sinaí. En todas las tradiciones religiosas, las montañas son espacios teofánicos, lugares de revelación: como una *axis mundi*, su elevación supone una distinción respecto de la monotonía del llano; el silencio de la cumbre se distingue del ruido del valle, etc. Desde lo alto de esta pequeña montaña Jesús propone nueve indicativos en lugar de ofrecer diez imperativos. Distingo entre *imperativos* e *indicativos* porque los diez mandamientos están contruidos sobre noes y normativas, mientras que las Bienaventuranzas están contruidas sobre invitaciones: “Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”, “Felices los que tienen corazón compasivo, porque Dios los compadecerá”, “Felices los que tienen el corazón limpio porque verán a Dios en todas las cosas”. No dice: “Tened el corazón limpio, sed pobres, sed compasivos...”, sino que dice: “Felices cuando sois cada una de estas cosas, y sedlo hasta el final; y en la medida que lo seáis sin desfallecer, traspasaréis la zona de sombra, la zona de dolor, la zona de opacidad y alcanzaréis la segunda parte de la Bienaventuranza: seréis hijos de Dios y el Reino de Dios será vuestro”. Así es como están contruidas las dos partes de cada bienaventuranza: como un movimiento entre el “todavía no” y el “ya sí”.

Es importante caer en la cuenta de que la primera de todas ellas es: “Felices los que eligen ser pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3). Esa pobreza es fundante y esencial en la experiencia de Jesús, del mensaje de los Evangelios y de toda experiencia cristiana originaria. Supone la pobreza sociológica, lo cual implica vivir cerca de los pobres y desde los pobres, esto es, con la lucidez que dan la desnudez y la austeridad. La pobreza posibilita la capacidad radical de

apertura. Sólo el que se sabe pobre se siente necesitado del Otro y de los otros. El pobre no es una persona autosuficiente. No es alguien que da las cosas por supuesto. Las características del pobre se pueden identificar en cuatro rasgos: es el que es capaz de agradecer, de sorprenderse, de compartir y de acoger. Estas cuatro actitudes afectan tanto a la relación con Dios como a la relación con los demás. Esta pobreza esencial se da mediante el desalojo del yo, lo cual deja espacio al Otro –Dios- y a los otros. Es, pues, punto de encuentro y espacio abierto tanto para la relación vertical como para la relación horizontal, y es la base de la experiencia en el interior y también exterior.

Cuando digo “experiencia interior y exterior” me refiero a la utopía del Reino que tiene Jesús. Su predicación implica inseparablemente la cercanía de *Abbá* y la radical igualdad entre los humanos. Todo ello está contenido en la categoría del Reino de Yahvé, del Reino de Dios. Reino al que sólo se puede acceder en pobreza.

3. El Reino de Dios y la ambivalencia de los signos

Por lo que se puede interpretar de los Evangelios, la predicación de Jesús está marcada por dos momentos claramente diferenciados. En el primer período anunciaba la inminencia del Reino y lo acompañaba de signos, esto es, de milagros, que manifestaban la proximidad de la plenitud de los tiempos. Pero, poco a poco, Jesús se va dando cuenta de que estos signos resultan terriblemente equívocos, ya que en lugar de provocar la conversión de las personas que asisten a ellos no hacen más que provocar todavía más deseo de prodigios; su avidez no transforma el deseo sino que sólo lo entretiene.

El milagro tiene razón de ser para mostrar que Dios da la plenitud y a partir de ahí suscitar la conversión. Pero si lo que provoca el milagro es dependencia a la persona de Jesús y falsas expectativas en vez de transformar sus actitudes más profundas, ¿de qué sirven? Esta situación está puesta claramente de manifiesto a lo largo del Evangelio de San Juan, concretamente en el capítulo sexto, el cual está contruido en base a dos orillas. En la primera orilla tiene lugar la multi-

plicación de los panes. La escena es conocida: una multitud de gente con hambre de pan y de Evangelio ha seguido a Jesús durante todo el día; se hallan en un lugar apartado y se ha hecho tarde; la gente está hambrienta, no hay tiempo de volver a casa; Jesús pregunta a sus discípulos cómo resolver la situación y éstos se inquietan porque no habían previsto nada y son conscientes de ser responsables de una multitud que está impaciente. Entonces es cuando se produce el *signo* de la multiplicación de los panes y de los peces, que en absoluto se puede interpretar como una actuación mágica en la que Jesús empezara a hacer llover panes a raudales, sino que lo que sucedió fue el milagro de la solidaridad: a partir de la ofrenda de un chiquillo que dio todo que llevaba consigo, Jesús bendijo su acto de generosidad, y ello suscitó en los adultos la capacidad de compartir lo habían traído en sus bolsas y que guardaban para sí.

Sin embargo, las cosas se complican, porque lo que sucede es que se crea un estado de euforia que se centra en la exaltación de la persona de Jesús al que quieren proclamar líder porque han visto su capacidad prodigiosa de resolver situaciones imposibles. De nuevo, la alienación y la fascinación por lo espectacular. No hay más que manipular un poco el hambre y la sed de la muchedumbre para tener poder, ir a Jerusalén, hacer un golpe de estado e instaurar el nuevo gobierno mesiánico.

Jesús se da cuenta de la trampa de la situación. Se retira con brusquedad. Los discípulos se quedan muy desconcertados porque no entienden cómo Jesús no aprovecha la situación para alzarse en líder e ir a Jerusalén. Es entonces cuando los discípulos viven su primera *Noche Oscura*: por un lado, la ausencia del Maestro que les ha dejado sin comprenderlo; por otro, se encuentran en medio de un lago y a oscuras. No tocan tierra y es de noche. El agua era para los judíos un lugar incierto. El judío es una persona muy concreta. El lago es un lugar difuso y amenazador donde habitan los monstruos; para colmo, se ha levantado una tempestad. Todo ello son los elementos de la *noche oscura*, indispensable para crecer. Hay que pasar por la experiencia de interrupción de las expectativas respecto a lo que cada cual proyecta

sobre Jesús para que cuando vuelva a hacerse presente puedan escuchar de un modo nuevo sus palabras: “No temáis, soy yo”. Este crecimiento está simbolizado por la llegada a la otra orilla. Han pasado una experiencia de transformación. No así, en cambio, la muchedumbre que también alcanza a Jesús. Esa gente no ha hecho esa experiencia de la *Noche*, sino que llegan precipitadamente y haciendo preguntas autocentradas, nacidas del cálculo y del control: “¿Dónde estabas? ¿Cuándo has llegado? ¿Qué hemos de hacer para salvarnos?”. Jesús no responde ni a una sola de esas preguntas, porque proceden de intereses cortos y mezquinos, posesivos, que no hacen más que fomentar y repetir nuestros intereses obsesivos.

Lo que les da a entender es que si recurren a él buscando pan están equivocados, porque él no tiene vocación de panadero. Les dice que él no ha venido para servir de recurso mágico ni para saciarlos de aquello que piensan que tienen una imperiosa necesidad. Querer su pan supone estar dispuestos a convertirse en pan. Esto es lo que significa comer su carne: pasar de los propios deseos autocentrados a devenir ofrenda para los demás, tal como Jesús ha hecho de su vida una continua donación de sí. La gente se retira escandalizada. Entonces se dirige a sus discípulos: “¿Vosotros también me vais a dejar? ¿También os son insoportables estas palabras?”. Pedro responderá en nombre del grupo: “Señor, también a nosotros nos supera lo que dices, pero ¿a dónde iríamos si sólo tú tienes palabras que suenan auténticas?”. Es decir: “No entendemos lo que estás diciendo, nos sobrepasa el horizonte que nos propones, pero al mismo tiempo vislumbramos que es lo único que tiene valor. Nos damos cuenta de que ensalzarte como rey no llevaría más que condenaros a la irreplicable sucesión de vencedores y vencidos: ahora dominamos nosotros, hasta que nos corrompamos y otros nos derroquen, y así sucesivamente hasta el final de la historia”.

En efecto, Jesús propone un cambio radical, una *metanoia*, la conversión que ya anunciaba al inicio de su predicación: “Convertiros porque el Reino de los cielos está potencialmente en medio de vosotros”. Esta conversión supone el paso de la pulsión de

apropiación y de depredación a convertir la propia existencia en ofrenda y donación.

4. Desencuentros en el camino hacia Jerusalén

El episodio de las dos orillas anticipa la Pasión. Los Evangelios están contruidos a partir del tránsito de la periferia al centro, de Galilea a Jerusalén. En el Evangelio de Marcos es donde está mejor reflejado el hecho de que cuanto más se acercan a Jerusalén, más se alejan los discípulos de la comprensión que tiene Jesús de su propio mesianismo. Cuanto más próximos están de la capital, más se entusiasman pensando en que van a conquistar el poder. En tres ocasiones sucesivas a lo largo del camino, Jesús les dice: “Sí, es cierto, yo soy el Mesías, pero no tal como vosotros pensáis que soy, porque antes de manifestarme tengo que ser despojado y humillado. Sólo después podréis entender quien soy”. Después de haberles dicho esto, se aparta un poco de ellos para ver qué efecto han dejado sus palabras. Les oye discutir. Al detenerse para descansar, Jesús les pregunta: “¿De qué habéis estado hablando tan acaloradamente por el camino?”. Entonces se miran unos a otros y, avergonzados le dicen: “Bueno... la verdad es que nos estábamos disputando quien sería el primero” (Mc 9,30-37). Es decir, se habían estado repartiendo las carteras ministeriales del nuevo gobierno mesiánico. Entonces Jesús toma un chiquillo que se hallaba por ahí cerca y, abrazándole, les dice: “Si no os hacéis como uno



de estos más pequeños, no alcanzaréis el Reino de los Cielos”. Insisto en que esta escena se repite tres veces camino de Jerusalén —son los llamados “tres anuncios de la Pasión”—, pero los discípulos no tienen capacidad para comprender de qué se trata. Van con Jesús a Jerusalén pero en direcciones opuestas: ellos están fascinados por las expectativas de éxito y prestigio, mientras que Jesús sabe que Jerusalén será para él el lugar de la suprema desposesión. Ello se prolongará en los dos gestos que hará en el último encuentro que tendrá con ellos: la partición del pan y el lavatorio de pies. Jesús les muestra que su retorno al Padre pasa por el último lugar. Desde allí, desde el punto más bajo, desde lo ínfimo, sostiene la humanidad para que se restituya en Dios.

5. La Cruz, el encuentro de dos vaciamientos

La crucifixión supondrá una ruptura a todos los niveles. Nadie estaba preparado para un fracaso semejante. Esa Pasión, esa crucifixión, es la radical, necesaria e indispensable interrupción de las expectativas humanas para que haya revelación. Porque la Cruz es el lugar por excelencia de la manifestación de Dios: Dios no es Poder sino Amor desconcertantemente desarmado. Jesús, el Hijo del Hombre, el Inocente, siendo desnudado, expuesto y clavado por todos los flancos a un madero muestra el camino hacia una nueva comprensión de Dios y del ser humano. En lugar de escaparse o de rebelarse y comenzar a insultar a sus agresores, sólo dice: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. Esto es: “Perdónales porque no tienen capacidad para comprender que el único pasaje hacia una nueva humanidad pasa radicalmente por el paso del poder a la entrega”. Por ello la Cruz es para los cristianos el icono por excelencia del Dios. En la Cruz se revela que Dios, siendo la plenitud del Ser, es la plenitud del dejar ser. Nosotros, en cambio, cuando somos, tendemos a serlo a costa de absorber de los demás. Por ello nos defendemos unos de otros y tememos potenciar las capacidades ajenas, porque podemos quedar devorados por ellas. Las palabras que utilizamos en la liturgia para hablar de Dios o dirigirnos a Él (omnipotente,

omnisciente, etc.) son muy peligrosas, ya que puestas en corazones impuros como los nuestros, son idolatría -cuando no blasfemia- porque hacemos de Dios un ser temible y tirano, sobre el que proyectamos nuestras prepotencias y nuestras impotencias. En cambio, en la Cruz se revela que el único poder de Dios es su capacidad de renunciar a toda forma de empoderamiento. La Cruz es el icono de dos vaciamientos: Dios anonadándose en lo humano y lo humano perdiéndose en Dios. Del resultado de ese doble encuentro se abre ese nuevo estadio de existencia que llamamos Resurrección.

Por otro lado, Jesús murió expulsado de la Ciudad mesiánica, fuera de los muros de Jerusalén, en un lugar tan denigrante e "impuro" como era el Calvario. Con ello alteraba para siempre las nociones de sagrado y profano. En el momento en que moría, se desgarraba el velo que ocultaba el *sancta sanctorum* del Templo. Lo sagrado era desocultado para ir mucho más allá de las paredes de un templo y hacerse presente allí donde hay existencias verdaderas.

Los atisbos de la resurrección

Lo que dicen los Evangelios de la Resurrección vuelve a ser de una gran sobriedad. Pero tenemos el riesgo de leer esos pasajes mágicamente, como si se trataran de apariciones físicas que se pudieran tocar. La pedagogía de tales relatos está en mostrar que, por un lado, se trata de una experiencia que irrumpe *desde fuera*, en el sentido de que no son atribuibles a un proceso psicológico de autoconsolación resultado de la incapacidad de tolerar la muerte de Jesús. No se trata de la proyección de un protoplasma psíquico que surgiera de los propios discípulos, sino que los Evangelios subrayan el aspecto "recibido"; sin embargo, con la misma fuerza y al mismo tiempo, queda muy claro que tales manifestaciones no se pueden atrapar ni cosificar. El Jesús que se muestra es el de antes pero también es *otro*. Por ello al principio no le reconocen, y cuando lo hacen, se les escapa, se desvanece, no sea que tuviéramos la tentación de construir monumentos allí donde se ha manifestado, en lugar de entender que se trata de un nuevo estado de existencia en el que se nos invita adentrar-

nos. El problema de hacer santuarios y monumentos es que tendemos a detenemos en ellos. Hacen su función si nos sirven de trampolines o estímulo para despertar y abrir nuestra conciencia a lo que ahí sucedió. Pero no suele ser así, sino que los santuarios acaban convirtiéndose en lugares-finales en lugar de ser lugares-comienzo. Por ello Jesús desaparece cada vez que se aparece. Cada vez que lo encuentran lo desencuentran y en ese movimiento de encuentro y desencuentro se produce un aumento de percepción y comprensión de lo que puede ser el Cristo y lo que el Cristo revela de lo humano.

Este último encuentro evanescente con Jesús resucitado está recogido en el relato de la Ascensión, el cual marca el final de la economía del Hijo para dar paso a la economía del Espíritu Santo. Cuando digo *economía* utilizo una palabra de la Patrística que se refiere a la misión o a la tarea del Hijo, la cual consiste en hacer visible la forma del Dios invisible (Col 1,15). Jesús es la Forma manifestada de Dios, mientras que el Espíritu es el dinamismo continuo de esa Forma que va adquiriendo concreción en cada uno de nosotros.

De aquí que, como *cristianos*, llevemos el nombre de Cristo en un doble sentido: por un lado, nuestro apelativo indica la adhesión y seguimiento a la persona de Jesús, el Cristo, el cual tomamos como pauta y modelo de la divino-humanidad; pero, por otro lado, en tanto que *Christós* significa "Ungido", ser cristianos indica que estamos "ungidos" por el Espíritu, el cual se prolonga en nosotros y se va encarnando en cada uno de nosotros según el Espíritu nos va ungiendo. Tal es el sentido de la *encarnación continua* de la que habla el Maestro Eckhart, según el cual el Padre engendra continuamente en nuestra alma al Hijo Unigénito. Tal es la razón de ser del cristiano: prolongar el dinamismo de filiación y fraternidad que suscita el Espíritu que nos va cristificando, y que adquiere concreciones diferentes en la vida de cada uno de nosotros. Jesús es lo que acontece cuando un ser humano se abre plenamente a la acción de Dios. Por ello sólo están escritos los primeros capítulos de un Evangelio que comienza con Jesús de Nazaret y que se prolonga en cada uno de nosotros hasta la plenitud de los tiempos.